



**JOSE MARIA CORDOBA**

# JOSE MARIA CORDOBA

Por el Brigadier General ALVARO VALENCIA TOVAR

La mañana de Ayacucho, fría y transparente en el retazo de pampa enmarcado por cumbres adustas, encuentra el formidable ejército español adueñado de las alturas. Son 9.310 hombres entre peninsulares y peruanos, espejismo brillante de una época que desaparece, poderosa aún en la esplendidez virreinal de formaciones cargadas de tradición guerrera. El propio Virrey Laserna, Teniente General de los Ejércitos reales, comanda en jefe. José de Canterac dirige su estado mayor. Los Mariscales de Campo Valdés, Monet, Villalobos y Carratalá mandan respectivamente las divisiones derecha, centro, izquierda y reserva, destinada la primera a la maniobra de flanco que el mando español tiene en mente. El Brigadier Valentín Ferraz se halla al frente de la caballería, el Brigadier don Fernando Cacho de la artillería, y el Brigadier Manuel Atero del Cuerpo de Ingenieros.

Ante aquel conjunto impresionante de tropas veteranas que ennoblecen su

trayectoria con una constelación de triunfos en suelo peruano, alinean los 5.780 hombres del general grancolombiano Antonio José de Sucre. Un hábil juego de maniobras sutiles han servido de antesala a la batalla, y el señuelo de las alturas, audazmente cedidas por Sucre a trueque de la llanura baja pero espaciosa, cristaliza la determinación de los dos contendores de definir allí la extenuante campaña iniciada a raíz del descalabro realista de Junín.

Lateralmente, el campo de batalla resulta estrecho para el ejército español, lo que permite a Sucre neutralizar la inferioridad numérica de sus fuerzas, colocando su débil Legión Peruana al mando de La Mar a la izquierda, frente al temido Valdés, en tanto la división Córdoba a cuatro batallones y dos cuerpos de caballería se sitúa a la derecha, dando frente simultáneamente a Monet y Villalobos. **Bogotá, Voltigeros Pichincha y Caracas**, son los bloques de acero que aguardan en columnas profundas apoyadas en

ambos flancos por dragones a caballo, formación esta llamada por el propio Córdoba "a la francesa". Más atrás, sobre el borde mismo de la meseta, alinea la reserva a órdenes del General Jacinto Lara.

Monet tiene la hidalguía castellana de avanzar hasta medio campo y anunciar a Córdoba con voz poderosa que la batalla va a comenzar. Valdés desciende, el primero, impetuosamente, y carga sobre la Legión Peruana que vacila. Luego Monet y Villalobos acompañan el movimiento. Toda la línea realista progresa en una gran masa impresionante. Sucre había anticipado el desarrollo de la Batalla y espera. Una quebradura del terreno habrá de desordenar las formaciones hispanas. No importa que la Legión Peruana amenace quebrarse en pedazos ante la acometida de Valdés. Las Batallas tienen un instante crucial, y Sucre lo aguarda, con esa mezcla de fe, clarividencia y determinación que convierte a un hombre en General. Y ese clímax llega cuando el frente enemigo trata de rehacerse sobre el borde delantero de la hendidura, y el Batallón del Coronel Rubín de Celis, desprendiéndose inexplicablemente de la División de Villalobos, cruza de lado a lado el campo, en movimiento alocado y heroico, para deshacer el flanco tambaleante de la Legión Peruana.

La voz serena de Sucre llega hasta Córdoba ordenando la carga. La densa masa de la Segunda División se pone en marcha. El joven general la precede, erguido, sobre su caballo de guerra.

**! "División, armas a discreción, de frente, paso de vencedores"!**

La voz, vibrante como un clarín, es un reguero de llamas que incendia a los combatientes colombianos. Comienza la carga. La banda del Batallón Voltegeros lanza al viento los aires de un bambuco que sustituye al himno, inexistente aún, de aquella patria que nace a golpes de bayoneta y lanza. Rubín de Celis, tomado por el flanco es vuelto trisas. En las primeras líneas de Monet y Villalobos, las bayonetas silenciosas penetran como hierro incandescente. Cuando se empieza a disparar, el desastre español es un hecho irreversible que el Brigadier García Camba, de la caballería realista, describe en dos líneas mortales:

"Resultado tan rápido como terrible e inesperado produjo grandísima sensación en el Ejército real".

Lo que sigue es el agrietamiento final, el derrumbe, la desintegración de ese ejército. Sobre los hombros de Córdoba, planta Sucre sus propias charretas de General de División, en el más hermoso ascenso que pueda recibir un hombre de armas, y Ayacucho pasa al libro de la historia resumido en una desconocida voz de mando y en la semblanza heroica de un comandante divisionario de 25 años...

Así culmina la espectacular trayectoria guerrera de José María Córdoba, iniciada diez años atrás en la Academia Militar fundada por Juan del Corral, el momposino que rigió los primeros destinos de la provincia antioqueña. Bajo la dirección científica del Coronel de Ingenieros Francisco José

de Caldas, y la maestría profesional del Teniente Coronel Manuel Roergas de Serviez, el Cadete Córdoba recibe las primeras lecciones militares. Su destino y el de aquel brillante oficial galo de la revolución y del Primer Imperio, han de entremezclarse más adelante, para dejar en el aprendiz de combatiente una huella perdurable.

1815. El Coronel español Don Aparicio Vidaurrázaga, precedente del sur, ha ocupado a Popayán el 29 de diciembre anterior, y el Cauca, que ya presenció el bizarro paso del Ejército cundinamarqués al mando del Caballero Andante Don Antonio Nariño, y su desastre en las goteras de Pasto, siente de nuevo en su suelo la planta del conquistador. Del Ejército Cundinamarqués subsistió un núcleo de alguna consistencia que, ahora a órdenes de Cabal, se apresta a hacer frente al español. Allí arriban, una columna de Antioquia en la cual milita el joven Cadete de 16 años José María Córdoba, y una fuerza reducida al mando del Coronel Serviez, enviada por Santafé. Las dos trayectorias vuelven a encontrarse. El antioqueño, ascendido a Subteniente, pasa a órdenes del francés, y el 5 de julio se bate con un valor que habría de ser en adelante el sello distintivo de todos sus actos, contribuyendo a la victoria del río Palo, en la que es batido Vidaurrázaga. José María Córdoba recibe su ascenso a Teniente en el campo de batalla, confirmado luego con fecha 15 de agosto de 1816. Para entonces, el ejército patriota ha tomado a Popayán, y el Teniente Córdoba, siempre a órdenes de Ser-

viez, regresa a Santafé, cuando ya las viejas murallas de Cartagena se llenan de cicatrices heroicas en el asedio de Morillo.

1816 es año de catástrofes. Los noveles ejércitos republicanos son pulverizados en todas partes por las formaciones que vienen de batir a los mariscales de Napoleón en la península. Cachirí al norte, Cuchilla del Tambo y La Plata al sur, constituyen otros tantos dramas finales del derrumbamiento que entrega el amplio panorama de la Nueva Granada a los realistas. Serviez, comandante en jefe de los últimos restos del ejército insurgente, abandona Usaquén el 5 de mayo, víspera de la entrada a la capital del hidalgo General don Miguel de La Torre.

La retirada a Casanare con Serviez, enseña al joven teniente de 17 años las peripecias de reveses continuados, que forjan el ánimo y templan la reciedumbre de una voluntad guerrera. En la cabuya de Cáqueza están a punto de ser copados. El propio General La Torre acosa los fugitivos en el descenso al llano, y trata de obligarlos a una acción decisiva en Ocoa y Upía. Por fin, el maltrecho grupo alcanza Pore, y acaba por incorporarse a Urdaneta el 1º de julio.

No terminan aún los infortunios patriotas. El valiente General Serviez, espléndido arquetipo militar de una era que se extingue con los últimos cuadros del Imperio Napoleónico, libra en suelo llanero sus últimas acciones, comandando el 2º escuadrón de caballería como subordinado del Gene-

*Tejidos*

*Leticia Ltda.*

♦ PAÑOS

♦ MANTAS

♦ RUANAS

♦ PONCHOS

♦ HILAZAS

DE

LANA

MEDELLIN

BOGOTA

CALI

ral Páez. José María Córdoba, hace armas como Capitán en aquellas móviles fuerzas de venezolanos y granadinos, hasta que Serviez, fatigado e incomprendido, retirase en forma transitoria del mando, y es asesinado oscuramente.

En el llano conoce el Capitán Córdoba a un joven Coronel granadino de 24 años, a quien ha de unirle en lo sucesivo una profunda amistad: Francisco de Paula Santander. La nutrida correspondencia que habrá de cruzarse más tarde entre las dos figuras más destacadas del panorama militar granadino, traza perfiles de singular trascendencia histórica y psicológica.

1817. El ejército a órdenes de Páez conoce días aciagos. El caudillo llanero no habla otro lenguaje que el de su peculiar concepción de la guerra y de la vida recia y brava a lomo de caballo. Disgusta con Santander, con Córdoba, con quien no tenga como él, la llanura brava como único horizonte. El Capitán antioqueño abandona aquel campo de cimarrones, con ánimo de incorporarse a Bolívar en la Guayana, como ya lo han hecho antes que él varios de sus coterráneos granadinos. La justicia de Páez es incisiva y dura. Capturado Córdoba, es atado a un árbol y está a punto de ser alanceado. Se salva, posiblemente bajo el influjo del prestigio que irradia de su fuerte personalidad, aún en el medio indómito y violento donde se forja la caballería que más tarde habrá de cubrirse de gloria.

El 18 de enero combate en Mucuritas contra el propio La Torre y sabo-

rea una vez más la casi olvidada embriaguez del triunfo. En junio consigue su traslado al Cuerpo de Bolívar, quien lo incorpora al Estado Mayor, le reconoce el grado de Capitán e intuye en él los positivos y recios valores que habrán de ponerse en evidencia a lo largo de la ruta que conducirá a Ayacucho. Después de participar en la campaña de 1818 contra Morillo, año este de fortuna alterna para las armas republicanas, Córdoba es ascendido a Teniente Coronel en Angostura el 14 de febrero del 19.

En Rincón Hondo se pisa la antesala de la libertad. Santander enviado por Bolívar con el grado de General de Brigada para asumir el mando político y militar de Casanare, ha ejecutado una brillante maniobra frente a Barreiro, que hace saltar una nueva chispa en el cerebro del Libertador: el 28 de mayo, en la aldea de Setenta, se toma en asamblea de jefes la decisión histórica de abrir la campaña sobre la Nueva Granada.

El Teniente Coronel Córdoba es ahora Jefe de Estado Mayor de la División comandada por Anzoátegui. Se cruza el Arauca turbulento entre el 4 y el 5 de junio. Por la sabana inundada avanza el ejército semidesnudo. En Fore se encuentran las divisiones, fundiéndose en un solo cuerpo desastrado de infantes y jinetes. Como en la Campaña admirable de 1813, este 12 de junio del 19 sienta un hito de oro en el alumbramiento común de Colombia y Venezuela al universo de la libertad. Un trapo, un sublime trapo descolorido por la lluvia y el sol, desflecado en

# Cuéllar, Serrano, Gómez y Cía. Ltda.

arquitectos, ingenieros.

bogotá, d. e. — colombia.

miembros:

s. c. a., s. c. i., andi y camacol.

CAMILO CUELLAR TAMAYO  
GABRIEL SERRANO CAMARGO  
JOSE GOMEZ PINZON  
GABRIEL LARGACHA MANRIQUE  
ERNESTO CUELLAR TAMAYO  
GUILLERMO ROMERO LEON

CARRERA 10a. No. 16-39 PISO 15  
EDIFICIO SEGUROS BOLIVAR  
APARTADO AEREO NO. 3527

viajes y batallas, se hunde en la altura, empuñado por algún llanero hercúleo, erguido, sobre su caballo, como escultura de bronce. Es el tricolor de la Patria naciente.

El 27 ha cerrado la retaguardia de Anzoátegui en Morcote. El 28 Santander con la Vanguardia ocupa a Paya, forzando el trincherón. Se amaga hacia Labranzagrande, pero se rompe el cinturón andino por el páramo de Pisba, en hazaña memorable deja un reguero de vidas, de sudor y de angustia sobre el sendero escabroso, envuelto en neblinas de hielo.

Corrales, Tópaga, Gámeza, Paipa, Duitama, Bonza, señalan las maniobras y encuentros preliminares de los dos ejércitos que se miden y observan mutuamente. Barreiro no se compromete. Espera, interceptando los caminos que conducen a Santafé. Juega un poco a la cacería del ratón, con aquel harapiento manojito de esqueletos aún heridos por el páramo, y a quienes visten las gentes con sus propias ropas campesinas.

En el Pantano de Vargas, el bizarro jefe español sufre cruel bofetada en el rostro. Catorce lanzas llaneras le han arrebatado la victoria que creía segura. El 5 de agosto, Bolívar en desconcertante maniobra nocturna, cae sobre Tunja y se instala en la retaguardia realista, Barreiro, alterado en su equilibrio psicológico, se precipita a la destrucción. Tras recia y veloz batalla decisiva sobre las márgenes del Teatinos, José María Córdoba es ascendido a Coronel.

El 14 de agosto, Anzoátegui y Córdoba llegan a Honda, pero el Virrey Sámano, con su negra conciencia de crímenes, ha escapado hacia Cartagena. El joven Coronel es destacado a la provincia de Antioquia. La libera y gobierna hasta mediados de 1820, cuando recibe órdenes de proseguir hacia Cartagena, que cae en manos patriotas el 10 de junio de 1821.

La gloria, sin embargo, está al sur, y hacia allá se encamina el Coronel Córdoba, vía Panamá que se independiza y anexa a Colombia el 17 de enero de 1822. El viaje es toda una trágica odisea. De los 685 hombres que abordaron en Panamá el "Alto Magdalena" apenas 160 alcanzan al General Antonio José de Sucre en marcha hacia Quito en abril del mismo año.

El 24 de mayo, ante la mirada expectante de los quiteños, Sucre libra la batalla de Pichincha, en las propias goteras de la antigua capital. Córdoba comanda una magra División integrada por los Batallones Alto Magdalena y Yaguachi, ecuatoriano el último. En momentos en que el Coronel español Nicolás López resuelve asestar el golpe final a los independentes, Sucre ordena a Córdoba cargar. Las cargas definen batallas, y Pichincha se decide con el bravo empuje del joven Coronel que atropella las formaciones enemigas, penetra a la ciudad, acorrala al adversario en el fuerte de Panecillo, y tan solo cobra aliento cuando el tricolor colombiano ondea sobre la Recoleta de La Merced.

Los destellos de Pichincha y Ayacucho han situado en la penumbra los

hechos guerreros de Córdoba en los años 1822/23. Tampoco permite el alcance de un simple trazo biográfico adentrarse en la brillantez de acciones selladas por el arrojo, la audacia y el valor temerarios que signan perdurablemente la más breve y heroica trayectoria militar de un General colombiano. Al día siguiente de la victoria de Pichincha, Córdoba rendía al Batallón Cataluña, despachado desde Pasto por Basilio García en ayuda de los realistas. El 23 de diciembre, conquistaba las charreteras de General de Brigada -Pichincha ya las había merecido- en la acción, verdadera batalla, del Guátara y cuchilla de Taindala, librada a órdenes de Sucre contra los realistas, pastusos y patianos, acaudillados por Jacinto Boves, y en la que, con un audaz movimiento de flanco, y otra carga legendaria, Córdoba abre la ruta hacia el triunfo.

El General regresa a la guerra en septiembre de 1823 después de breve y para él tedioso contacto con cargos administrativos en la capital de Cundinamarca y de la Gran Colombia, primero como Comandante General del Departamento y luego como Ministro Militar para la primera Corte Marcial fundada en Colombia. Nombrado comandante de Popayán, por Santander, abre campaña sobre Pasto, por la ruta saturada de historia trágica y sombría para las armas patriotas. Triunfa en altos de Tácines y Cebollas el 9 y 11 de octubre. Casi envuelto en el cañón del Juanambú se abre paso el 12, y termina por batir al legendario Agualongo el 30 de noviembre en el

pueblo de Veinticuatro. El 5 de febrero del año siguiente alcanza Guayaquil. A sus espaldas quedan los pastusos, sometidos por primera vez.

1824, con Junín y Ayacucho es el año de la libertad y de las más altas glorias, pero la guerra aún se prolonga con la expedición del Alto Perú, que apenas culmina el año siguiente con la victoriosa entrada del Libertador a La Paz, rendida por Córdoba el 24 de marzo.

La guerra ha terminado. Los hombres que la libraron bravamente inician el retorno. El humo de la batalla comienza a disiparse. Se acallan las marchas militares y con ellas los ecos de los victores, que saludan en las calles engalanadas el regreso de los héroes. Lo que sigue a las grandes victorias es el lento eclipse de los hombres que las ganaron, siguiendo en veces un trágico destino, sumergiéndose otras en la melancolía del inevitable crepúsculo.

Para Córdoba habría de llegar como epílogo de una batalla, irremisiblemente perdida desde antes de librarla. No habremos de penetrar en esta ocasión en las complejas circunstancias que situaron allí al héroe espléndido, al subordinado leal y al amigo del Libertador, que a su lado hizo sus últimas armas en la campaña del sur, de 1829, contra López y Obando. En Santuario, sobre un fragmento de su propia tierra natal, pisando apenas el filo de la tercera década de su vida, José María Córdoba siente por primera vez la pesadumbre de una gran derro-

ta: la última. "Si es imposible vencer, no es imposible morir", dice. Y muere, herido en el combate adverso. Un irlandés bestial descarga en la noble cabeza los sablazos asesinos. La noche eterna cae sobre el guerrero, mientras de sus labios escapan, inaudibles casi para quien las registró en la his-

teria, tres palabras desfallecientes: "PATRIA... GLORIA... AYACUCHO".

Atardece el 17 de octubre de 1829; José María Córdoba había visto la luz de la vida, el 8 de septiembre de 1799, en Concepción, poblado de la misma comarca y de la misma Patria que ahora recibía su último aliento.

## EL MUSEO DEL ORO DEL BANCO DE LA REPUBLICA

ESTA ABIERTO PARA EL PUBLICO EN GENERAL, CON EL  
SIGUIENTE HORARIO:

DE MARTES A SABADO, DE LAS 10:00 A. M. A LAS 7:00 P. M.

DOMINGOS Y DIAS FERIADOS DE LAS 10:00 A. M. A LA 1:00 P. M.

La entrada tendrá el valor de \$ 2.00 (Dos pesos m/cte.), suma que será destinada a obras para la protección de la niñez.

Los colegios y centros educacionales en general, se recibirán únicamente con cita previa, convenida con anterioridad, en la Sección de Extensión Cultural del Museo del Oro (Tel. 42-84-50) y no pagarán entrada.